

Enhorabuena

Joaquín Araújo

Pocos tiempos pasados fueron mejores que los presentes. Lo que para las cuestiones ambientales puede parecer un imposible, desde el momento en que la capacidad destructiva y acaparadora de la civilización única no ha hecho más que aumentar, casi diariamente, desde hace más de un siglo. Pero no menos cierto es que unas cuantas facetas de lo público, en nuestro país, y por supuesto la concesión del último Nobel de la Paz, avalan la primera frase de esta reflexión.

¿Optimismo de un pesimista activo?

En absoluto.

Así nos está alcanzando la realidad.

Veamos:

Sobre que jamás antes resultaron tan cruciales las iniciativas promovidas desde la administración, no insistiré. Basta cotejar en la hemeroteca, lo que pasó y cómo pasó en materia ambiental, para no tener que hacer ningún ejercicio de presunción. Lo constatarían y aceptarían incluso Tocino, Matas y Rodríguez.

La hora buena, esa por la que todos nos merecemos una enhorabuena, ha sido la concesión a Wangari Maathai del Nobel más delicado. De un premio que ha tropezado muchas veces en concesiones al más descarado oportunismo político, pero que ha conseguido mantenerse como la distinción más importante a escala planetaria. Eso por mucho que todavía le falte algunas áreas de importancia capital. Como por ejemplo: un premio a las iniciativas destinadas a mejorar nuestras relaciones con el entorno. Mientras llega el verdadero Nobel de la Ecología – que “falsos” hay por lo menos dos – alegrémonos por el gran apoyo que a la causa de la transparencia supone la última concesión del de la Paz.

En Wangari confluyen buena parte de las

premisas y tendencias básicas del eco-pacifismo-feminismo. Recordemos su condición de mujer, que ha tenido que luchar por el reconocimiento de derechos elementales para su género; su vínculo con las culturas tradicionales y con la Naturaleza; su autopromoción a los niveles culturales y científicos más altos en un continente donde todavía resulta excepcional el acceso de las mujeres a la enseñanza universitaria; su capacidad para vincular el conocimiento científico a una sensibilidad hacia lo primario y espontáneo; su raza, invariablemente víctima, y cada día más. O, por último, esa rebeldía frente al abuso de los poderes, tanto local como global. Aderezado todo ello con una de las facetas más intensas del activismo y que tantos compartimos. Me refiero a las tareas de reforestación, a ese darle oportunidades a la arboleda de que siga sosteniendo buena parte de no pocos procesos que hacen de la vida un todo autosostenido. Que Maathai impulsara la plantación de unos 30 millones de árboles enhebra definitivamente su presente con un porvenir menos destructivo.

Se reconoce al fin, que todo lo que nos traemos entre manos los defensores del ambiente, no queda ni un milímetro separado de un compromiso irrenunciable: el uso no violento del derredor. Tampoco queda alejado del activismo político por los derechos de la mujer, la salud de los humanos en su conjunto, la libertad y, en consecuencia, con la democracia en su sentido más amplio y profundo.

Desde aquí felicitamos y nos felicitamos. La paz no puede tener fronteras ni siquiera las que tantos pretenden incrementar entre la Humanidad y la Naturaleza.

Porque este mundo no tendrá paz hasta que también se la declaremos a todo lo viviente: como Wangari Maathai. 